

ARREMANGADAS 6

Juan Planta

ARREMANGADAS 6


ESDR JULA
EDICIONES

{COLECCIÓN **SÍSTOLE**}

Primera edición, febrero 2024

© Del texto: Juan Antonio Peinado Marfil, 2024

© Del prólogo: Tomás Navarro, 2024

© Esdrújula Ediciones, 2024

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Pintor Zuloaga 20, 18005 Granada

www.esdrujula.es

info@esdrujula.es

Edición a cargo de

Mariana Lozano Ortiz

Maquetación: Carmen Álvarez

Ilustración de portada: diseño original de Julio Espadafor

Fotografía de solapa: Manuel Jesús Pérez

Impresión: Centro Gráfico Digital Granada

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal: GR 355-2024

ISBN: 978-84-128442-0-7

Impreso en España · Printed in Spain

Para todas las personas
que en la transición luchamos por la igualdad.

Para los que seguimos luchando
contra la violencia machista, las guerras
y por el respeto al medio ambiente.

Para mis amigos Miguel Benlloch
y Jose Luis Chacon Lafuente.

Prólogo

Desde 1975 hasta 1978, año en el que se aprobaría la presente Constitución, pasaron no pocas cosas en España. Y en un «roalillo» del Albayzín granadino, y en un viejo palacio de un marqués venido a menos, y encima de una cuesta escalonada, hubo un gran magnetismo político, social y cultural. En el corazón de una urbe milenaria donde la decadencia de la dictadura franquista era patente, un grupo variado de estudiantes universitarios, en su mayoría gays y enlazados al mayoritario e ilegal Partido Comunista de España (PCE), alternaban sus estudios en la *Universitas Granatensis* con el movimiento generalizado de oposición al régimen fascista.

En esos años Granada con su Albayzín era una ciudad oscura, apagada, vigilada, donde la policía política del franquismo, la terrible Brigada Político Social, peinaba los centros universitarios deteniendo, acusando y enviando a su corrupto Tribunal de Orden Público (TOP) a cuantas personas escribieran o hablaran contra la dictadura.

El franquismo odiaba y por ello perseguía a cualquier demócrata, pero si encima el demócrata era gay, la persecución era doble y similar a la emprendida por los nazis contra los judíos. «Rojo y maricón» era sinónimo de detención inmediata.

Solo los gays del régimen, bien ungidos de la parafernalia del nacionalcatolicismo, eran invisibles para la policía política, pero todos los demás eran perseguidos y sancionados.

La péfida Ley de Peligrosidad Social perseguía con saña a cualquier homosexual y esta persecución era toda una espada de Damocles en la mente de cualquier gay. Palizas y torturas estaban a la orden del día en 1975, y conforme se aventuraba que los días de gloria del franquismo tocaban a su fin, la violencia fascista contra sindicalistas, estudiantes y mujeres prefeministas se incrementaba como un tsunami que no discriminaba a nadie, incluidos los sacerdotes contrarios a la jerarquía católica en su unión con la dictadura.

Ese rinconcito del Albayzín, sin proponérselo, iba a convertirse en un poderoso imán democrático donde los estudiantes residentes y amigos, entre su concurrido y diverso vecindario, bordarían los primeros pasos de la diversidad política, social y sexual que hoy ya aparecen definidos en la España del siglo XXI.

Ese Albayzín de mediados y finales de los 70 del pasado siglo era un barrio histórico bien vivo, lleno de vecinos de toda clase y condición; en él convivían cármenes aburguesados y casas particulares de arquitectura popular andaluza entre cuestras, placetas y miradores. Era un barrio donde el estudiantado granadino y de otras capitales españolas, desde Pamplona a Alicante, acudía a la universidad para formarse en sus distintas facultades. Granada aún era la capital de Andalucía Oriental y ese prestigio era un imán que hizo del Albayzín, que por entonces contaba con numerosas casas de alquiler a precios asequibles, el barrio de los estudiantes.

Así, en esta cuesta de las Arremangadas 6, amparada por la calle del Beso, se asentaron muchos estudiantes venidos

de distintos lugares de la península. Unos estudiaban en la Facultad de Ciencias, otros en Filosofía y Letras, Medicina o incluso Farmacia, y los amigos de unos y otros, estudiantes también, suscribían con su juventud antirrepresiva ese verso de Miguel Hernández que dice: «La juventud siempre empuja, / la juventud siempre vence, / y la salvación de España / de su juventud depende». Todos lo creíamos y por ello estábamos dispuestos a colaborar intensamente en el derribo de la dictadura fascista para devolverle a nuestro país la libertad con todos sus valores, incluida la libertad sexual, esa que ampara y defiende a las personas de toda orientación sexual (que entonces solo era visible en gays y lesbianas, estas últimas doblemente aplastadas por la presión patriarcal que ejercía la dictadura uniforme del nacionalcatolicismo).

Sin embargo, entre las mujeres que democráticamente comenzaban a desvelar su valía, ya algunas despuntarían como vanguardia del feminismo que la II República española comenzó a legislar y que la dictadura aplastaría robándole la memoria de mujeres, como ocurrió con la anarcosindicalista Federica Montseny, la líder comunista Dolores Ibárruri y otras muchas que llegarían después para reiniciar el feminismo en democracia.

La casa de la cuesta de las Arremangadas 6 era a la vez bulliciosa y a la par discreta, pues no todo el vecindario era izquierdoso, como tampoco lo eran los alrededores donde las dos Caldererías, la Nueva y la Vieja, eran un termómetro que permitía sentir lo que nos envolvía entre colmados, tiendas de ultramarinos, droguerías, relojerías, pastelerías, puestos de frutas y berza. Estas dos Caldererías constituían el mercado del Bajo Albayzín y nada escapaba a la atención del

vecindario, incluidas las actividades democráticas del «nido» que se *arrejuntaba* como una colmena en el viejo palacio reconvertido en caserón.

Ese espacio albayzineru en el que salían y entraban artistas y artesanos, pintores y poetas, estudiantes y otros linajes político-sociales, gays y heteros, comunistas y anarquistas, era el espacio donde tendría lugar esa unión en la diversidad que derribaría el franquismo, un tejido humano que hilvanó verdaderas alianzas desde el humanismo, la atracción sexual, el estrés político y las ansias de libertad. Nos ayudaría a descubrir gracias a la compañía de los amigos, o «novietes» con los que tratábamos de entender nuestra sexualidad, para la que no teníamos manual más allá de *El miedo a la Libertad* de Erich Fromm, las publicaciones provenientes de México y Argentina de los autores censurados por la dictadura o el primigenio periodismo libre que los estudiantes europeos y americanos nos traían de sus países donde la democracia, según leíamos, hacía posible ¡incluso contactar con gays por los periódicos!

En lo político no teníamos dudas, ya que había opciones en partidos y organizaciones democráticas, de los que el Partido Comunista, entonces embarcado en un proyecto preconstitucional democrático llamado «eurocomunismo», parecía el más afín, a pesar de que sus líderes (como Santiago Carrillo) solicitaran «paciencia» para ver el fin del franquismo y pregonaran una futura «reconciliación nacional» que nos condujera a una democracia europea.

Fruto de este vademécum clandestino a la fuerza, las reclamaciones gays se convirtieron en un tapiz aún por hilvanar. Al aparecer, compañeros universitarios con conciencia de clase comenzaron a liderar el incipiente movimiento de liberación gay al que ya se le unían algunas mujeres prefeministas con

igual conciencia y problemática. Así nacería en Arremangadas 6 el Frente Homosexual de Acción Revolucionaria (FHAR), que en sus primeros carteles y pegatinas escribía: «¡Abajo la ley de peligrosidad social!».

Y desde su fundación iría aglutinando a gays de distintas procedencias geográficas y sociales, incluso el cosmos gitanoandaluz tendría su capítulo con el genial Curro Albayzín, que en su ambiente lorquiano y antifascista proyectaba el magnetismo de un Federico García Lorca gay, cuyo asesinato a manos de una banda de pistoleros fascistas en agosto de 1936 se convirtió en un catalizador de nuestra lucha por la libertad.

No faltaban pues iconos para cavar las trincheras del FHAR y darse más a conocer. Tampoco faltaban relatos de gays mayores que nos describían el martirio por el cual habían pasado al haber sido detenidos en alguna «finqui»¹ y trasladados a comisaría, donde eran objeto de malos tratos degradantes e inhumanos que a veces llegaban hasta la tortura. El FHAR iría recopilando la lucha y la memoria de la persecución de gays bajo la dictadura, y de ese embrión irían saliendo los demás colectivos.

En mi papel, sin proponérmelo, de «redactor» a ratos —como un gato encima del «armario»— observaba quién entraba y quién salía, alucinado por este ambiente libertario donde uno se podía definir a sí mismo como gay sin escándalos de ningún tipo. Esa siembra de libertad sexual, política, sindical y social se convirtió en un poderoso magma que ayudaría a la sociedad a salir de la caverna franquista para convencerle de que la libertad sexual era también una meta democrática que

¹ Finqui: espacio ajardinado y nocturno donde contactar entre sí los gays.

debía de reconocerse como tal. El machismo entonces no era solo patria de los fachas, también era patrimonio de líderes de izquierda que en su mentalidad jibarizada no comprendían que hubiese gays como tales, y que encima, lo reivindicaran. Para estos líderes como Javier Terriente, líder comunista en Granada, la lucha del FHAR era propia de extraterrestres y ya tendría ocasión de demostrarlo.

Sin la forja del FHAR la construcción de una base para ir elevando el actual edificio de la variedad sexual en España podría haber desaparecido machacada por la policía política franquista (que lo intentó) pero la llama ya estaba prendida, y con ella, el posterior incendio que elevaría sus llamas hasta el corazón mismo de la Constitución española de 1978, que ya incluía la Declaración Universal de los Derechos Humanos aprobada por la Asamblea General de las Naciones Unidas en la ciudad de San Francisco (California) en 1948, donde la libre orientación sexual de las personas tendría rango de derecho humano.

Cuarenta años después de su proclamación, en España su Constitución de 1978, ya abría un marco de esperanza al incluir como derecho humano la libertad sexual, algo que en la Granada de 1973 a 1978, por pura persecución del patriarcado y del régimen fascista, tenía que ser a la fuerza revolucionario. Y este libro, sacado de la memoria de hombres y mujeres perseguidos/as, maltratados/as, denostados/as, apaleados/as es la prueba.

TOMÁS NAVARRO

Introducción

El eje de la narración de este libro se centra en ese espacio del Albayzín granadino, llamado «Arremangadas 6», donde construir mi identidad fue fundamental para dar respuestas a todas las contradicciones producidas por una educación patriarcal y un encorsetamiento social que no era el mío, algo difícil en el siglo XXI, figuraos en los tres primeros años de una transición donde hicimos un frente que ayudaría a la sociedad a salir del letargo represor franquista para convencerle de que la igualdad y la libertad sexual eran derechos democráticos.

Me costó comprender lo que en un principio parecía tener sentido. Más tarde, supe que era algo antagónico: mi militancia en el Partido Comunista de España y al mismo tiempo en el Frente Homosexual de Acción Revolucionaria.

Todos los acontecimientos surgen y se nutren en Arremangadas 6 y en la Facultad de Filosofía y Letras, lugares donde vivo y ejerzo mis estudios y donde empiezan y terminan cinco años de huelgas, reivindicaciones y lucha por unos derechos en la transición.

Años cruciales donde nace el movimiento feminista universitario, el homosexual, el germen de la igualdad que ha llegado hasta nuestros días para quedarse, para avanzar, para seguir.

Centrarme en aquellos años, y rememorarlos desde la distancia, me da demasiados argumentos para no cambiar nada de mis vivencias, al fin y al cabo he llegado hasta aquí con la maleta cargada de experiencias, donde los aciertos superan a los errores.

Como mi madre y muchas personas, soy de la generación de la espera, una espera mutante que llega hasta este preciso momento del siglo XXI. En esa espera me construí un mundo, pues el que me rodeaba no me daba cabida; esta construcción me ha hecho fuerte y me ha abierto las puertas para seguir soñando sin necesitar la compañía de aquellos que a veces no respetaban mi espacio.

Opté por crecer, por trabajar mis montañas, por romper con una educación encorsetada. En última instancia, por encontrar el equilibrio. Lo importante era sentirme cómodo y satisfecho con mi elección y ser coherente con mis valores y objetivos personales, nada fáciles de conseguir.

La narración de este libro es un viaje de ida y vuelta en el tiempo, mezcla de ficción y realidad. Algunas partes tienen poco de ficción: están argumentadas y contrastadas con la hemeroteca de la prensa de la época, con artículos y libros cuyos testimonios me han permitido realizar un retrato fidedigno de aquellos tres cursos universitarios fundamentales en la transición española.

Fueron años muy importantes para el país y me remito solo a mis acciones en ellos, pues mucho se ha escrito y desvirtuado.

Mi mirada desde el activismo es un retrato que nace de una mirada diferente.

Yo nací como todos en una casa estructurada, rígida y firme.
La mía, tenía dos armarios.

ANTES DE
ARREMANGADAS 6

Dos armarios

En la casa donde nació había dos armarios; uno era el patriarcal, donde se encontraban colgados y enumerados los mandamientos y las normas sociales. Allí pacía yo, desdoblado, era «lo que Dios mandaba». El otro, estaba construido en una esquina del primero, que me alejaba del vacío real. No era un exiliado, sino un desheredado de la incomprensión del dedo acusador que intentaba ponerme una losa a medida «de lo que Dios mandaba» sin respuestas, aunque fuera bajo una doble identidad llena de contradicciones. Allí aprendí a cuestionarme la vida.

El primer armario llegaba de fábrica, estructurado y controlado, como la historia que George Orwell narraba en su novela *1984*. El segundo me enseñó la forma de ver la vida, dentro del sistema, en mi caso, el pueblo, como un monstruo que trataba de deconstruir mi identidad.

Intentaba volverme hacia a lo que Dios mandaba, pero me resistía a admitir y a doblegarme: los tiempos estaban cambiando, o por lo menos, había que cambiarlos.

Más que una poderosa metáfora sobre la dualidad de las expectativas sociales y personales, los dos armarios representan dos aspectos de mi educación y experiencia en la casa donde nació. Uno de ellos, el «patriarcal», sugiere la presión de

cumplir con las normas y expectativas impuestas por la sociedad, influenciadas por la religión y la moral. En ese espacio me sentía dividido y forzado a ser lo que se esperaba de mí.

El segundo armario, situado en una esquina del primero, simbolizaba mi necesidad de alejarme de esas expectativas y encontrar mil respuestas, separadas de las normas impuestas. Esta búsqueda me llevó a sentirme como un «apátrida» en un mundo que no siempre comprendía o aceptaba mis elecciones o mi autenticidad.

La idea de «ser distinto lleno de contradicciones» subraya la tensión que a menudo experimentamos entre lo que se espera de nosotros y lo que realmente somos. Es una reflexión amplia sobre mis deseos y la autoaceptación.

Por desgracia en una sociedad donde hay ovejas descarriadas, también hay lobos que acechan y abusan. Lobos sin nombre que te marcan para toda la vida como ganado.

El sin nombre

Los que habitamos en pueblos sabemos lo que es el eterno tema del exilio rural desde dentro. El temor, la ira y el estigma... A veces se atribuye esto a la simple ignorancia, probablemente la cosa es más compleja. Carlos Marx dijo que «No es la conciencia lo que determina la vida, sino la vida lo que determina la conciencia».

Tenía solo 10 años y el agresor 30. Mi primera agresión fue más que una agresión, una violación sin defensa. No tenía piernas, eran nervios que me dejaron sin respuestas, yo las buscaba, pero un miedo atroz me dejó inmóvil y de aquel lugar salí con una sensación de suciedad, culpa, dolor, sangre y vacío que me devolvía a la realidad del armario para preguntarme qué tipo de relación era esa, qué me hacía sufrir, qué me hacía infeliz.

Entonces me di cuenta de que estaba dividido entre el deseo y una educación invasiva, calculada y planificada desde mi nacimiento, donde no me identificaba con mis compañeros del colegio, ni con los amigos vecinos, me parecían todos un rebaño de lobos y yo la cabra que me resistía a participar en aquel extraño aquelarre, donde era el bufón cuando jugábamos o salíamos en grupo. A partir de ese momento, era el extraño,

el amanerado, el centro de burlas; me sentía como María Magdalena, lapidada. Mi madre me decía que respondiera con las mismas piedras, pero se le olvidó decirme que aquello no era un cara a cara, sino un rebaño de lobos contra la cabra de su hijo. De este modo empecé a cuestionarlo todo en la cuerda floja que a veces ahogaba y a veces servía para saltar cuando me llamaban «mariquita».

Me comprometí a dar un sentido a lo que me estaba pasando. Deseché el amor romántico y me propuse tomar el camino más arriesgado. Pensé que no había nacido para ser amado pero sí para amar sin sufrir. Y por eso nunca el amor romántico estuvo en el centro de mi vida como parte de su construcción, ni siquiera el sexo; el placer de dominar o ser dominado perdía el interés al ser consumado, quería alejarme de lo que me hacía cómplice y débil. Al fin y al cabo, yo era la oveja negra.

Tras cada puerta y ventana hay deseos reprimidos y convencionalismos que nuestra sociedad tapa, vivir en un infierno interior para cumplir con lo que Dios manda no estaba en mis planes.